

La Andina del Plata

PUBLICACION LITERARIA

DIRECCION Y ADMINISTRACION

EN SU IMPRENTA

CALLE SANTIAGO DEL ESTERO, 176.

APARECE LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRIPCION, 10 \$ AL MES.

FUERA DE LA CIUDAD, 12 \$

SUMARIO.

Celestina (De Camilo Castello Branco), por Benigno T. Martinez—Crepúsculo (poesia), por Ida Edelvira Rodriguez—La Esperanza (En un Album), por Dolorino—La oracion en el campo: Recuerdos de viaje, por Matilde Elena Wuili—Desde mi ventana (poesia), por Silvia Fernandez—Ecos de *La Andina*, por Adelfa—El leon cautivo (poesia), por Alejandro Magarinos Cervantes—Fantasia, por José Olaveria—Revista General.

Celestina.

(De Camilo Castello Branco.)

Á LA SIMPÁTICA ESCRITORA ADELFA.

I.

Celestina!....

Como la predilecta del rey de Israel, era morena y hermosa.

La adoré con pasion y timidez, timidez del alma virginal; pasion de hombre sin padre, sin madre, sin amigos, sin Dios.

Yo era ateo: la razon me ordenaba que lo fuese.

La amé, y quede ateo: decíame el corazon que fuese así.

Ya tenía un Dios.

Para que necesitaba dos?

Ojos de mujer!.... Los velos transparentes de la Providencia.

Yo ví por ellos el cielo.

No anochece jamas en donde ellos fulguran.

Ojos de mujer!

Son cruz y redencion.

Desde Eva hasta Maria, desde el Eden hasta el Calvario, desde la serpiente que mató, hasta la cruz que revivió, siempre la mujer.

Ojos son cruz, son suplicio. Qué importa?

Sea cada hombre el redentor de sí mismo.

Llore, sufra y muera.

Que el llorar es consuelo;

Y el sufrir purificacion;

Y el morir...olvido.

Para los que, hoy dia, se pierden y vagan errantes en los desiertos de la vida, el maná que les cae del cielo es lágrimas.

II.

De dónde viene un flúido caudesciente que late en el alma con ala de fuego y le hace vibrar todas las cuerdas, y la pone en agitacion como la paloma que se agita herida en el pequeño corazon?

Del cielo ó del infierno?

Son hálitos de la region de los esplendores que suspiran agitados, ó espiracitos de los volcanes subterráneos que se desahogan?

No sé.

III.

Una noche cuando la luna se reflejaba en el rio, y las brisas rizaban el lago durmiente, un bote, viniendo de allá, voluptuoso como la góndola de las amadas de Byron, empujó hacia la margen en donde yo sentado esperaba la alta noche para preguntarle cuantas infamias venia á proteger con su manto.

Porque ya en aquel tiempo, hacia tinieblas en mi cuarto, cuando el sol nacía; y así que la

estrellas rutilaban en el negro espacio, salía de mi antro en busca de silencio y tinieblas.

Y después, mi cuerpo se helaba, transido de frío.

Y el viento me silbaba en los oídos con sonido metálico, un retinir ríspido como el rebatir de espadas y broqueles en las batallas antiguas.

Y entonces decíale á la noche:

—Vienes á ver sobre que pajas molidas é infectas duermen los niños que se arrullaron con hambre?

Es Dios quién te manda?

Si lo es, vé: y dile lo que viste, oh noche!

Díle que los niños, al lento batir de las once, se recordaron tiritando, y por entre los dientes amarillentos y convulsos murmuraban "madre".

Díle que la madre los acercó al pecho seco y frío; y ellos, sintiendo tan cerca un corazón lleno de lágrimas, rompieron en clamores pidiendo pan.

Díle que la madre de los hambrientos miró al cielo por las hendiduras del tejado; y, como viese solamente negras sombras, respondió á sus hijos: "Aun no es día.

—Tan pronto amanezca iremos á pedir. Dormid, niños, dormid."

Oh noche! es Dios quién te manda?

Si lo es, vé, y dile lo que viste.

IV.

Cuantos felices te ansian oh noche! Cuando llegas, enciéndense los brillantes en las desnudas espaldas de las mujeres; carminanse las caras; matizanse de fiores y estréllanse de perlas los cabellos; tornéanse los talles con los cintos de la Vénus carnal; palpitan los deseos en cada fibra que arde; brillan los ojos y secan los labios para la suavidad de los besos, que tú, cuando vuelvas, encontrarás ya frios.

Murmuran de tí, hablan de muerte.

Tu oscuridad no hace recordar sepulturas ni pavores de la noche infinita.

Tú das las cortinas al lecho del crimen.

.....

Oh noche, es Dios quién te manda?

Si lo es, vé, y dile lo que viste.

V.

Á veces estallaba en el aire una cosa fúnebre como de estertor.

Y yo no veía nada á mis piés, ni por sobre los cabellos hieitos de mi cabeza.

Debia ser graznido de ave que me daba terror y frío que llegaba á mis entrañas.

Mas yo fijaba mis ojos en los millares de estrellas y decía:

Quién os hizo?

Qué haceis ahí?

Pues este mundo es la sentina donde se reunen las heces de los mundos superiores?

El grande espíritu se hizo hombre, se hizo víctima de sus criaturas, se hizo manos y piés para la cruz, se hizo cabeza para las espigas, se hizo corazón para la lauz, se hizo fibra dolorosa para el látigo.

Y dejó el armiño y el harapo donde los encontró.

Dejó al ardid y á la espada las glorias de la tierra:

Y á la pobreza inermes la miseria repulsiva.

Y fué de entre nosotros con el secreto de la perfeccion de nuestra especie.

Decidme vosotras, estrellas!

—Cómo descendió desde esos páramos hasta este esterquilinio?

Me respondía el silencio, esta cosa despreciable, este escarnio inexorable que ha visto despedazarse generaciones á costa de Dios.

El silencio que ve descuartizarse los indios bajo el carro de los dioses.

El silencio que ha visto las carnicerías piadosas de las cruzadas.

El silencio que vió arder los cristianos embreados en las noches luminosas de Neron.

El silencio que vió arder los hebreos frente al palacio de los monarcas de la Europa.

VI.

La flor de mi juventud era así quemada por estas meditaciones, en tanto que los frios de las noches del invierno me blanqueaban los cabellos y me arrugaban el rostro.

Yo nunca tuve seno de madre en que recostar la cabeza.

Yo nunca tuve á quien decir: "Enseñame á orar".

Ni amante que me dijese "He de enseñarte á creer".

Enseñame á morir—decía yo al tedio de mis días, á mi fatigada alma profundamente solitaria.

VII.

Era una noche de primavera aquella en que el bote, surcando el río con la rapidez de la serpiente de Tenedos, dirigíase al caos.

Albergaba la blanca capa de una mujer cuyo rostro resaltaba entre el albor del capúz.

La contemplé con la fijeza de los ojos en donde el alma toda se reconcentra en enjugar sus lágrimas en el primer rayo templado de la vida.

Si una saeta silbaba contra mis ojos no podría desviarlos del rostro de aquella mujer.

Nunca había visto otra.

Como todas mis miradas medían lo insondable de mi abismo, allá, allá en lo profundo de él, lo que ya había visto era el hombre.

Y en torno del abismo trinaban las aves y rugían los leones; agitábanse las forestas y roncaban las ondas en sus socavadas cavernas; y por sobre el abismo cruzaban relámpagos; relucía serenamente la estrella, y adormeciase la luna sobre el follaje de los cedros del Líbano extendiendo su lecho de esmeralda por las márgenes floridas que exhalaban aromas de sus urnas.

La torpeza, la ignominia, la podredumbre de las entrañas vivas, el nacer y morir infamado ó infame es solo del hombre.

Y solo él se ve en su recinto como condenado en oracion en la penumbra del candelabro que alumbra el altar—aquella proterva murmuración que ata á la horca la piedad! Allí un Cristo como diciendo al penitente:—Si yo hubiese sido divino, si yo te hubiese redimido, no habrías asesinado á tu hermano, ni tus hermanos á esta hora estarían martillando los barrotes de tu patíbulo”.

BENIGNO T. MARTINEZ.

(Concluirá)

Crepúsculo.

Entre nubes de fuego el sol oculta
Los resplandores que su frente lanza,
Cuando la tarde sobre el mundo triste
Precediendo á la noche se adelanta.

Ruedan las olas de los fieros mares
De fúlgidas espumas coronadas,
Murmurando con lánguido murmullo
El himno que en sus senos se levanta.

Las aves en las selvas escondidas
El coro inmenso de sus voces callan,
Y al deslizarse dulcemente el viento
Se estremecen las hojas en las ramas.

En la nítida bóveda, su lumbré
Tímida estrella misteriosa irradiá,
Temblando cual la gota de rocío
En la casta corola de la dália.

La antorcha brilladora con que al mundo
El paso de la noche alumbra Diana,
No destella en la esfera inmensurable
Los resplandores que la aurora apaga.

La creación en la hora de la tarde,
De tristeza dulcisima impregnada,
Un canto de ternura melancólica
Hasta el dosel de su Creador levanta.

Como el suspiro que en la noche triste
Sobre las olas de la brisa vaga,
Como el acento de dolor de un ruego,
Como una nota de inmortal plegaria;

En la hora misteriosa del crepúsculo
La oracion á los cielos se levanta:
¡Es el “adios” que da la tierra al día
Al envolverse en sombra funeraria!

IDA EDELVIRA RODRIGUEZ.

Buenos Aires, Setiembre 1878.

La Esperanza.

En el álbum de mi ilustrada y apreciable compatriota “Una Oriental.”

Sobre la densa oscuridad del negro horizonte de la desgracia, contemplamos, cual la luz resplandeciente del astro del Eterno, la cariñosa y deslumbrante sonrisa de la esperanza; pues, en los momentos en que el terrible huracán de la desesperacion se encuentra próximo á tronchar de raíz la cuerda del reloj de nuestra prematura y pavorosa existencia; es ella la única fascinadora inspiracion y la única mano bienhechora que derrama una gota de miel y ambrosía sobre nuestro angustiado corazon; y es ella quien nos hace sacudir las alas del espíritu y remontarlas á las célicas regiones de las fantásticas y arrobadoras ideas que bullen en el cerebro de lo infinito:

haciéndonos exhalar tiernos y dulcísimos suspiros, y percibir en lontananza—bajo la transparencia de la diáfana venda que cubre los ojos del pensamiento—el florido ropaje y el plateado rayo de una mágica salvación, entreabriendo con la llave de su divino aliento la misteriosa puerta del Futuro, y aspirando el balsámico ambiente que circunda la dulzura de una dorada y risueña bienandanza.

Por eso es que jamás debemos desechar á la Esperanza, arrojándola á la tumba del desprecio, cuando nos venga suavemente á acariciar, puesto que es ella solamente, la hija heredera de la fe y resignación, quien nos suele arrebatarnos de los férreos brazos de la Parca inexorable de la muerte y devuelve las horas de dulce y bonancible calma, bañando nuestro espíritu con el vivificante néctar de una existencia feliz y duradera.

DOLORINO.

Paysandú.

La Oración en el campo.

(RECUERDOS DE VIAJE.)

I

Las molestias que sufriera durante un viaje de ocho días, resintieron de tal modo mi naturaleza débil y enferma que, cuando llegué á Dauro preciso fué que guardara cama.

El Doctor que me asistía—había dicho á mi compañero de excursiones según me contó él mismo después—que el estado de mi salud era bastante delicado y que era necesario permanecer en el lecho una semana hasta que desapareciera completamente la fiebre.

Al cuarto día de mi enfermedad, entró la criada en el cuarto con una carta que acababa de traer el correo, y aprovechando la ausencia de mi amigo la interrogué sobre las costumbres de los habitantes, el clima etc; etc; de la villa donde me hallaba. (He de advertir que cuando había dirigido al médico las mismas preguntas por toda contestación me había dicho—*En un paraiso que después veréis.*)

Tan bella fué la descripción que me hizo de esto que sin detenerme á reflexionar un momento que me estaba prohibido el levantarme, supliqué á la fámula me ayudara á vestirme.

—Pero pensáis salir?—exclamó en el colmo

de la admiración viendo que me ponía mi sombrero de castor.

—Sí, la contesté.

—Ved que el aire de la montaña puede seros fatal.

—He andado veinte y siete leguas por visitar estas deliciosas comarcas y no pienso marcharme sin verlas.

La firmeza con que pronuncié estas palabras hicieron comprender á la lugareña que toda objeción de su parte sería inútil, así es que echándome una mirada de compasión salió sin desplegar los labios.

Soy de aquellos que nada les arredra, ya una vez formado un propósito no desisten de él, sino abandonando la vida.

II.

Llamé al caletero y le dije que enganchara, pues quería dar un paseo. Diez minutos después subía al coche y los caballos arrancaban al trote largo en dirección al río.

Después de media hora de camino, se detuvo la calesa y bajé. Sorprendíme en extremo, de encontrarme perfectamente bien; el dolor de cabeza había desaparecido, y andaba con una agilidad que en buenos años no gozara:

—Id, á buscar á E...dije al buen hombre.

Sin decirme palabra, restalló la fusta y los peñecos salieron á buen paso.

En cuanto me ví sola puseme á examinar el sitio donde me encontraba.

Dios mío! Qué panorama tan encantador se extendía ante mi vista!

Qué simetría de formas, qué armonía de colores y matices!

Hallábase el sol en descenso, y sus fulgores moribundos teñían con rojizo resplandor las cimas de los montes. Ejércitos de nubes argentadas rodaban sobre el azul del cielo, que estaba diáfano, trasparente, y una brisa suave, tibia, impregnada de aromas perfumaba la atmósfera.

El Masorí corría á mis pies y sus ondas remanadas de espuma, besaban suspirantes las arenillas de la playa; á dos varas del lugar donde estaba, una cascada arrojaba columnas de agua y sus burbujas humedecían mi rostro.

Levanteme y siguiendo el sendero que conducía á la montaña, me encontré con bosquecillos y lozanas florestas cubiertas de lirios azules y

clematídes: formé un ramo y lo coloqué en mi sombrero.

Caminando, no había echado de ver que me encontraba en lo mas espeso del bosque. Temerosa de que me sorprendiera la noche apresuréme á volver por el mismo, camino en que había ido cuando encontré á mi compañero de viaje.

Sonrió bondadosamente, estrechó mi mano con cariño y me dijo:

—Confesad, que sois la criatura mas caprichosa que existe en el mundo.

—Soy mujer —le contesté en tono de broma.

—Y basta, como vos son todas, concluyó él.....

III.

Nos disponíamos á regresar á Dauro: el toque de una campana que llegó clara y distintamente hasta nosotros nos detuvo.

—La Oracion!—profriró el calesero quitándose religiosamente su gorro de pieles y arrodillándose.

—La Oracion!—repetí estremeciéndome.

Al elevar los ojos al cielo, distinguí entre las vagas brumas del crepúsculo, la cruz de hierro de la capillita del valle San Roman. Corrí hácia ella; apoyé mi frente abrazada en la rústica cruz y quedé en un éxtasis. Todo desapareció á mi alrededor: cuando volví á pensar, me encontré en mi lecho. Mi amigo velaba á la cabecera:

—Ved el estado en que os encontráis por vuestras locuras.—me dijo.—El Doctor no responde de vos.

—Si muero—le contesté—enterradme al pié del valle donde hice la Oracion: y caí desmayada.

.....

Dos meses despues, completamente mejorada y durante mi permanencia en Dauro volvía por las tardes á visitar aquellos sitios que tan gratos recuerdos dejaron en mi memoria.

MATILDE ELENA WUILL.

Setiembre 25 de 1878.

Desde mi ventana.

Sentada estaba ayer en mi ventana
Recibiendo del sol en la mañana
El puro y confortable resplandor
Cuán bello estaba el cielo! sus fulgores
Del campo, de los árboles y flores
Aumentaban la gracia y el vigor.

Absorta contemplaba la belleza
Que diera á la gentil naturaleza
La mano generosa del criador,
Cuando trinos alegres y sencillos
De alados é inocentes pajarillos
Llamaron dulcemente mi atencion.

Muchos eran—sus voces se mezclaban,—
Tal vez alegremente conversaban
En su armonioso idioma encantador,
Mas luego sus acentos se extinguieron,
Y de un árbol ufanos descendieron
Á la tierra cubierta de verdor.

Allí los ví con dulce arroboamiento
Mutuamente buscarse el alimento
Con hermoso cariño fraternal,
Despues los ví alejarse apresurados
Llevando en sus piquitos delicados,
Para construir sus nidos, material.

Con cariño mi vista los seguía,
Que dulce y misteriosa simpatía
Hácia ellos sintió mi corazon,
Al ver que en una rama se posaban,
Y en union adorable, fabricaban
Un solo nido en ella con primor.

Aquellas tiernas aves inocentes
Entre sí se ayudaban diligentes
Con un mismo calor y actividad,
Y por fin, terminando un blando nido,
En el verde ramaje sostenido
Pude yo enternecida contemplar.

Ah! exclame, preciosas avecillas,
Con tan hermoso proceder sencillas
Dais á la humanidad grande leccion:
Si á vosotras los hombres imitáran
Oh! como las naciones prosperáran
En fraternal y bendecida union!

SILVIA FERNANDEZ.

San Fernando, 1878.

ECOS DE LA ORDINA.

SUMARIO.—Las fiestas en Mercedes—Perspectivas del viaje—Bazar y Rifa—Concierto de Caridad—Funcion religiosa—Notable sermón—Transición—Certamen literario—Deseo de una explicación—Un himno—Perfecto desempeño—En el baile—Diálogo—Nombres de los concurrentes—Conclusion.

El sol del día 23 se recostaba lánguidamente en su lecho de oro cuando vuestra revistera, lectoras mías, llegaba á Mercedes.

Ese monstruo formidable, de cabeza de fuego, que se llama locomotora había devorado en poco mas de tres horas las veinte y cuatro leguas que nos separa de aquella ciudad.

Con cuánta rapidez dejábamos atrás tantos pintorescos pueblecitos, en los cuales divisábanse grandes arboledas que, vistas á la distancia, parecían fueran regimientos de gigantes que con los brazos extendidos avanzáran para oponerse á la veloz carrera de la máquina!

Qué bellos estaban los campos! Ferteñaban los cielos arboles de zafiro, destellos postreros, divinos resplandores que eran como mensajeros de la despedida del padre del día!

Tapizaba el campo una inmensa alfombra de un verde esmeralda, interrumpido á intervalos por otra delicada y trasparente color naranja; los mirlos y jilgueros regalaban el silencio con sus gorjeos armoniosos; los altos eucaliptus columpiaban sus empinadas copas con suave vaiven; y formaban todas estas notas desprendidas del arpa de la creacion, rumores halagadores que llenaban al espíritu de plácida calma y de una melancólica alegría.

Hacia cualquier lado que se dirigiera la vista se advertía y se admiraba el influjo benéfico, los sublimes encantos, la frescura y lozanía de la encantadora *Primavera*; de esa fiesta de la naturaleza, donde lucen sus galas y su hermosura las flores, las aves, el aire y la luz: todo lo que forma parte del Universo, se reviste en esta estación de sus mas lindos primores para enamorarse y acariciarse.

Bien dijo el poeta:

No hay labio amante
que no sonría,
dulce armonía
brota doquier,

y los vergeles
están risueños
como los sueños
de una mujer.

Ella, sí, sólo ella es la que engalana con su manto de flores á la creacion, envolviéndola con sus embriagantes perfumes...

Los árboles y las plantas cúbreñse de exuberante follaje—susurrantes abanicos que en las tardes se agitan perezosos para refrescar la atmósfera.

La naturaleza parece que nace y que el cielo, complacido, se inclina sonriente sobre su cuna: la alegría de abajo se une con la de arriba.

¡Qué armonías tan sublimes ofrece la Primavera al alma del poeta, siempre ávida de puras emociones!...

Pero no me dejéis divagar, caras lectoras, si así continuó no voy á contaros todo lo que mis ojos vieron en el pueblo que en estos últimos días ha sido el punto de reunion de lo mas selecto de nuestra sociedad.



Venid, lectoras, conmigo. Nos encontramos en el Bazar y Rifa establecido por las *Damas de Caridad* de Mercedes.

Cuánta bella *vendedora*! Por todos lados se desparrraman para cautivar con sus sonrisas y miradas á los compradores.

Ellos quieren huir de *ellas* por... nada, por una sonsera, por motivos del... bolsillo, mas ¡ay! todo es envano; ellas no hacen mas que enviarles una de sus miradas y ya ven dirigirse hácia su lado á los rebeldes que depositan su óbolo, en mano de las hechiceras intérpretes de la Caridad.....

Á las 8 1/2 de la noche del 23, se encontraba completamente lleno el gran salon Municipal en el que tenía lugar un concierto á beneficio del Hospital de la localidad.

Las Señoritas de Peralta, Saubidet, Diaz Franco, Pardo y Hernandez lucieron sus habilidades musicales; descollando en el canto la jóven señora, Rudecinda P. de Lilledal y la señorita de Beovide.

La Sra. de Lilledal apareció envuelta en un vaporoso traje blanco, que hacía resaltar aun mas la interesante palidez de su semblante y el brillo de sus incomparables ojos. Con voz impregnada de dulzura cantó la romanza *Non é vero*.

Su acento penetra al corazón del oyente lle-

nándolo de melancolía; se siente tristeza al escucharla; el alma está suspensa de las notas de su garganta, que, ora son suaves, apénas perceptibles, ora vibrantes y apasionadas.

En una palabra, la Sra. de Lilledal posee una voz de timbre simpático; tiene un gusto exquisito para el canto y puede advertir su excelente método en las lindísimas transiciones que hacía de las notas agudas á las graves.

La interesante Señorita Elvira Beovide, parecía envuelta en los girones de una de esas rosadas nubes que en las puestas solares decoran nuestro hermoso cielo. Estuvo felicísima en el vals *Extasis*. Fué cantado con mucha seguridad y afinación; su voz, aunque de escaso cuerpo, es bien sentada y sumamente agradable.

En este concierto tomaron parte tambien los caballeros Cordero, Escalante, Carosell, Heysell, Tamburini, Perez Caminos, Savio, Flesca y Fonteynes, siendo todos calurosamente aplaudidos.

El coro de la *Favorita* fué ejecutado por la orquesta de la *Orfeon* y cantado con perfeccion por las señoritas de Peralta, Schuster, Cané, Molina, Villaroel, Correa, Lima, Lucero, Valladares, Silva, Saavedra, Navarro, Escalada y Hernandez.

Son las 12 del dia 24. La Iglesia está resplandeciente.

Allí, sobre el altar mayor, en su dorado trono y rodeada de las banderas de nuestra patria, está la madre del Hombre-Dios; á sus plantas adorándola se encuentran niñas y flores—las unas agitan leves sus labios al murmurar tiernas plegarias—las oraciones de las otras suben hasta ella entre los perfumes que se exhalan de sus calices.

El R. P. Camilo Jordan subió al púlpito.

Todos estaban pendientes de sus labios. Electrizó al auditorio de tal modo, que hizo vertir lágrimas y ése conmovió tan profundamente que tambien las virtió.

Su discurso fué, como todos los suyos, bellísimo; sabe revestir sus pensamientos con folioje tan rico, que seduce.

Las manos no podían desahogar el gozo que dominaba á todos, aplaudiendo, pero los corazones latían emocionados—mudo era el homenaje tributado al ilustrado sacerdote....

En fin, las fiestas de la Iglesia han sido brillantes debido á lo esfuerzos de su jóven digno cura D. Blas Perez Millan.

Continuemos nuestra *parranda* lectoras amigas: de las fiestas religiosas á las mundanas.

Diréis que mis transiciones son muy violentas, verdad? Pero acontece en la vida otra cosa?

¿No gozamos hoy de todas las dichas que se pueden ambicionar sobre la tierra y al cabo de una hora; ¿que digo! de media, de un segundo, no encontramos á veces que todas nuestras caras ilusiones, nuestras halagüeñas esperanzas han caído al soplo destructor de la desgracia, del mas espantoso desencanto, convirtiéndose en ruinas lo que ántes fuera un palacio de hadas?.....

Entremos nuevamente á los salones Municipales donde se efectúa el *Certámen literario*.

Las damas están en mayoría! Lo oís bien lectoras? En qué consiste esto? No lo sé. Pidamos á los hombres que dicen que somos despreocupadas de asuntos serios, que nos llaman superficiales, pidámosle pues á ellos, la explicacion de este fenómeno que han podido observar tambien en el concierto-conferencia que tuvo lugar el 22 en Colon, en donde era triple el número de señoras que el de hombres é igual cosa tambien sucedió en los estrenos de dramas nacionales....

Una Comision de señoras y caballeros presidian aquel solemne acto que encierra en sí un noble estímulo y alienta las esperanzas de la juventud que dedica sus desvelos al cultivo de las letras.

El Certámen dió principio cantándose el Himno Nacional Argentino por las mismas señoritas que tomaron parte en el coro de la *Favorita* la noche anterior.

En segunda pronunció un bello discurso el Sr. Castagnola, presidente de la Comision del Certámen, que fué calurosamente aplaudido.

En el pasado número de *La Ondina* habreis visto el nombre de las composiciones premiadas.

Se ejecutaron algunas piezas musicales y como fin de fiesta cantóse un coro por señoritas: *El Himno al Arte*, cuya música es original del Sr. D. Aquilino Fernandez.

El Sr. Fernandez con su *Himno* ha hecho una revelacion: tiene talento músico é inspiracion: desde esta humilde seccion enviámosle una felicitacion y nuestra voz de ¡adelante!

La orquesta de la Sociedad *Orfeon* está bien organizada; fué ella la que ejecutó la composición de que nos ocupamos.

La preciosa señorita María Cuenca y la graciosa morocha Elena Malmierca, eran las que tenían á su cargo la parte principal de canto de *El Himno al Arte*.

No puedo explicaros, lectoras, lo que por mí pasó al escuchar aquel duo: era como dulce coloquio entre dos canoras avecillas: Elena, que apenas llega á la adolescencia, con su voz fresca y sonora, parecíame una paloma arrulladora: y María? ah! eran tan suaves y expresivas las melodías que escuchaba! No sé porque al sentir esos cantos palpitaba con violencia mi tranquilo corazón.

Cuán linda se presentaba la señorita de Cuenca, con su niveo seno palpitante, sus labios de escarlata entreabiertos, dejando escapar un torrente de notas que repercutiendo por la vasta sala iban á penetrar al fondo del alma.

Bien merecidos fueron los ricos ramos y hermosas coronas y entusiastas aplausos con que fueron todas obsequiadas.



Bulliciosas, juguetonas, espirituales pasaban ante mí, en rápidos giros, una bandada de niñas. Estaba en el salón de baile.

Yo no sé que encantos adquiere la mujer en una sala de baile. Sus ojos tienen mas brillo, sus labios se encienden, sus mejillas se coloran, su talle se cimbra coquetamente como la esbelta palmera al beso del aura....

—Á su parecer, cuál es la reina del baile? me preguntó una jóven.

—Algo difícil de contestar es su pregunta, señorita ¿quiere Vd. darme un plazo para poder dársela categóricamente?

—Con sumo gusto, me respondió.

Al cabo de dos horas se me presentó la niña á quien debía dar mi parecer sobre cual era la mas bella de las concurrentes.

—Y bien? me dijo.

—Y bien, señorita, yo á todas encuentro reinas, estoy por creer que Mercedes es el pueblo de las muchachas lindas y agraciadas. Ya le encuentro á la una ojos lindísimos como los de Aurelia Escalada, ya formas esculturales que la asemejan á una estatua griega como aquella señorita de Schuster, que viste de color ante y

mezela en sus oscuros cabellos flores punzoes— ó bien encuentro ante mí á su simpática y elegante hermanita Clementina ó la monísima Amalia.

—Aunque á Vd. le parecen todas bien y soy de su parecer, no obstante encuentro á María Cuenca, la mas bella entre todas las bellas que esmaltan el salón.

—Alto ahí, dijo una voz robusta y varonil á nuestra espalda: dónde dejan Vds. á Proserpina Labat, la reina de *Suipacha*? ¿Acaso ella no se destaca como astro de primera magnitud en este cielo estrellado? ¿Acaso ella no encadena los corazones con sus gracias inimitables y su belleza esencialmente porteña?

No sé porque al verla recuerdo involuntariamente las lindas estrofas de Plácido, *La flor de la caña*: parece que el vate cubano las hubiera escrito para ella.

Miradla vosotras, que perseguís lo bello personificado en la mujer. Vedla: viene del brazo de aquel jóven rubio, que tanto la entretiene.

¿No sois de mi opinion? ¿No creis que le son aplicables aquellos versos que empiezan:

.....

“Trigueña tostada,
Que el sol envidioso
De sus lindas gracias,
Ó quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara.
Y es tierna y modesta,
Como cuando saca
Sus primeros tilos
“La flor de la caña”?

.....

Mi interlocutora y el entusiasta entrometido se retiraron de mi lado y yo continué fijando mi atención en las danzantes.

Era aquella una guirnalda interminable de frescas flores—Allí estaban Sarita Langenheim, Concepcion Rezabal, Teresa y Elena Malmierca, Flora Gutierrez, Juana Basabe, María Mones, Lola Saavedra, Elvira Beovide, Josefina Rojas, Ricarda Valladares, Anita Cané, Juana Ayala, Rafaela y Aurelia Schuster y las de Lopes, Saubidet y Castilla.

Termino, lectoras, mi descripción de las fiestas de Mercedes, de las cuales guardará mi memoria grato recuerdo.

ADELFA.

El leon cautivo (I).

I.

En el altar desierto de sus proscriptos Dioses,
Rotas las cuerdas, puso su lira el trovador;
Su paz pidió á los muertos el luchador rendido;
El viejo bardo inútil, dijo á la musa: ¡Adios!

Almas como el enfermas, cual bálsamo á su herida,
Trayendo el arpa rota, le piden su cantar....
Al verla, contra el pecho, el la estrechó sombrío,
Y el arpa á sus latidos, agreste nota dió.

¿Es himno ó elegía, imprecacion ó ruego?...
Respondan por él otros, que en horas de dolor,
Á herir de su alma el bronce, vinieron imprudentes,
Y herido el bronce, sordo, rugió como el leon;

Que hundióse de repente bajo la verde trampa,
Y solo vió, terribles, al pretender luchar,
Abajo el duro suelo, cerrado como tumba,
Y arriba los flecheros que el arco tienden ya!

Protesta es el rugido del pobre leon cautivo,
Y el alma del poeta, que sabe traducir,
Cuanto gemidos lanza la creacion entera;
Vencidos, ¡arad hondo! contesta varonil.

II.

¡ARAD HONDO!

Amad el bien, amadle con delirio,
Con ardiente pasion, con la fe ciega
Que llevaba al cristiano hasta el martirio.
Sujetar al espíritu la carne,
Y á la razon la voluntad rebelde,
Saber querer con fuerza incontrastable,
Y hacer de la virtud supremo objeto.
Al placer, al dolor, al hierro, al oro,
Al triunfo y la derrota, invulnerable
Ese es todo el secreto,
La eterna fibra que en la historia late,
De cuanto bello y grande el mundo admira.

¡Ay! de la vida en el mortal combate,
Bajo la mano impia
Del infortunio que al mas bravo doma,
¿Quién la altiva cerviz no dobló un dia
Ante la acerba realidad impura?

Únicamente el justo, el varon fuerte,
Superior al desórden transitorio,
Que es el mal que es la lucha, que es la muerte,
Todas las hieles resignadas apura;
Y víctima expiatoria, aunque inocente,
Por invisibles alas sostenido,
Dentro del órden eternal se siente:
Premio incalable del deber cumplido!

(1) Leida por el doctor don Luis Melian Lafinur en la conferencia literaria celebrada la noche del 7 de Setiembre de 1878, en conmemoracion del primer aniversario de la fundacion del Ateneo del Uruguay.

Hay alguno allí arriba que le mira,
Y aliento sobrehumano á su alma inspira!

¿Lo dudais?... observad á ese mancebo:
Al borde de la pira
Que en rojiza espiral humeante gira,
"Abjura de tu error, tu fe reniega,
Cristiano impenitente,
El falso sacerdote le decía;
Y Jove te perdona,
Y en vez de cruel suplicio,
Te reserva la dicha su corona"

El mártir silencioso
Contemplaba el horrible sacrificio,
Y sintiendo la angustia postrimera,
En el cielo clavaba una mirada
Que á Dios acaso vengadora llegara;
Y arrogante y sereno respondia:
"Primero que mi fe, cobarde niegue,
"¡Alas para volar me dé la hoguera!"

Dejad que el vulgo necio
Y algunos Bizantinos de la Europa,
A quienes llaman sabios, con desprecio
Hablen de Dios, de libertad, de todo
Lo que engrandece y dignifica al hombre.
Ni tampoco os asombre
Si enterrar se imaginan en su lado,
El derecho, y el alma, y la conciencia.

Quién destronar á Dios loco pretende,
El que niega al Creador en su demencia,
Al que es luz y verdad, freno y escudo,
¿Á qué abismo sin fondo no desciende?
¿Ante qué valla detenerse pudo?

Tan sublimes magníficas conquistas,
Hoy proclaman mil sectas humanistas,
Y una constelacion (¿no será el cáncer?)
De eruditos, profundos cuadrumanos,
Tydescos, rusos, galos y britanos.
Despeñados cometas que amenazan
En sus convulsos brazos
Nuestro mundo moral hacer pedazos;
Auspices—Mesías, ellos saben
Cuanto será, cuanto es, y cuanto ha sido.
¡Basta ya de ilusion! vacío está el cielo,
Todo arcano patente, y descorrido
De la insondable eternidad el velo.
No ha habido creacion, ni primera
Causa existió jamás: el movimiento
Unido á la materia explica todo,
Y es todo evolucion, cambio incesante,
Sin principio ni fin.—Sol apagado,
El derecho reside en la tonante
Roca de los cañones; nuestra alma
(Que por cierto no vale ni un ochavo),
No es entidad divina, es *resultante*
Del humano organismo; el pensamiento
Es simple secrecion, eco sonoro;
La libertad, el sueño de un esclavo;
Y Dios un mito, explotación, impia
Farsa, ignorancia, miedo, hipocresía!

Sin Dios, sin libertad, sin el derecho,
Desbocada, frenética, insegura,

¿Dónde asilo hallará la criatura.
Que su pié no le pongan sobre el pecho
La opresión, la ignominia y desventura?

Recoges lo que siembras, vieja Europa,
Y bacante brutal, nos envenenaa
Al brindarnos impúdica tu copa.
¡Buen licor nos ofrecéis! A menudo
En medio de tus pompas y grandezas,
La fuerza sin mas ley que su albedrío,
En la balanza del derecho arroja
Su espada ensangrentada,
Y á los pueblos impone su fortuna.
La infeliz sociedad muda, aterrada,
Bajo el furor del vendabal impio
Ahoga á la República en su cuna,
Y con febril congoja
Pasa del Cesarismo á la Comuna!

No lo extrañéis, los hombres son enanos
Y aceptan sin pudor todos los yugos,
Cuando dejan cegar en vil orgía
De las grandes verdades la alma fuente,
Y se ha visto doquier, eternamente,
Detrás de los sofistas, la anarquía,
Detrás de la anarquía, los tiranos,
Detrás de los tiranos, los verdugos!

Cuando el hombre desciende hasta la innoble
Condición de la fiera,
En medio á las tormentas populares
Y á la atroz subversión de las ideas,
Con la candente barra y el temido
Látigo que la piel rasga sangrienta,
Surgiendo como el rayo de la nube
Terrible domador salta en la arena.
Sectarios de la fuerza, campeones
De la estóica moral independiente,
Los que á Dios y al derecho dais la espalda,
Sed consecuentes, lógicos, sinceros,
Y aceptad con la rosa las espinas;
Llegó el solemne instante en que se mide
El alcance y el valor de las doctrinas,
Y el temple del apóstol se revela:
Hé ahí vuestro ídolo que os pide
Para ceñir su sien roja guirnalda,
Y por capricho anhela
Que humildes cual corderos
La garganta tendais á los aceros.

¿Tamaño aberración no creéis posible?

En pos de un día sereno,
A orillas del Río Negro ¡caso visteis,
En noche tormentosa de verano
Al continuo brillar de los relámpagos,
Azorados los potros y novillos
Con pánico indecible
En el tendido llano
Bufar, mugir, inquietos agolparse,
Y de repente al estallar un trueno,
En súbito espantoso remolino,
Como un río que sale de su lecho,
Como trombu que arrastra el torbellino,
En furiosa carrera despeñarse
Por el alta barranca y valle estrecho?

Animada columna que ondeante
Marcado deja el rastro de sus huellas
Entre ruinas y escombros y gemidos;
Cuanto encuentra se lleva por delante,
Al serpeador tronar de las centellas,
Corrales, cercos, ranchos, todo cede
A su violento empuje;

Nada su vuelo ataja,
Ensoberbecen el aire sus bramidos,
Bajo el sonoro cnaco el suelo cruje
Y parece que el cielo se desgaja!
Las tintas de la aurora sonrosadas
Al viajero le muestran esparcidos
Montones de cadáveres tendidos
Por cuchillas, lagunas y quebradas,

Convertid la mirada al viejo mundo:
Recordad cuantas veces como ahora,
De un sultan ó un autócrata, el relámpago
Que encendiera en sus ojos la esperanza
De una loca ambición, fué lo bastante
Para arrojar con cinica insolencia
A la civilización su férreo guante,
Y á sus miseros pueblos, poseídos
De un vértigo infernal, á la matanza:
Asentando en pirámide de cráneos,
Al sangriento fulgor de negras teas,
Sus tronos maldecidos,
Donde ellos, microscópicos pigmeos,
Jueces en vez de reos
Prendían ¡oh demencia!
Parodiar la divina Omnipotencia

América mi madre,
Tierra del porvenir, ¡bendita seas!
Alcázar esplendente
De una futura raza de Titanes,
Donde puede ya el hombre alzar la frente
Con el viril orgullo
Del esclavo que ha roto su cadena:
América mi madre, en fiero arrullo
Te saludan rugiendo tus volcanes,
Y al sacudir altiva tu melena
De bosques de laureles y de palmas,
El grito salvador que es himno y ruego
¡Dios y la libertad! brota en tus labios
Y electriza magnético las almas!
De la fe y de la Patria el santo fuego,
En tu mirada audaz relampaguea,
Y arrollando las sombras, vencedora,
Avanzas imponente,
El lucero del genio en la alta frente,
En la siniestra el faro de la idea
Y en la diestra la espada redentora!
Si alguno de tus pueblos retrocede,
Si por ventura cae bajo el Pampero
Que implacable y sañudo
Hasta postrarle con furor le azota,
Al lúgubre clamor que en torno zumba
El brío de los otros no se agota,
Y sin cejar un punto del sendero
Que indomable trazara la República,
Al caído levantan en su escudo,
Y el alma al desalentado amurallada
Esperan confiados la alborada,

Que ha alzar á los muertos de la tumba,
 Cuando llegue á sus lares, gigantes
 La sombra del pendon, que allá en la cumbre
 Del Andes, victoriosa clavó un día
 La inmortal Democracia, y que hoy ondea,
 Y en triunfo por la América pascu,
 Envuelto en rayos de invencible lumbré!

América mi madre,
 Yo te saludo con amor profundo,
 Veal que en tus entrañas puro guardas
 El verbo que otra vez salvará al mundo!

Jóvenes bardos de la Patria mía,
 Si queréis de las almas ir al fondo,
 Y que eterna corona os ciña un día
 La virgen uruguaya poesia,
 Y os aducma la gloria en su regazo,
 Creed en Dios, esperad, y firmé el brazo,
 Cual buenos labradores, ¡arad hondo!

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

1878.

Fantasia.

Ayer en el hermoso y gigantesco puente de las Estaciones encontráronse dos carruajes que iban en direcciones opuestas.

Paráronse para pagar el peaje al constante guardian Tiempo, que con ojo alerta no deja escapar viandante sin que le pague el tributo de costumbre.

En un carruaje viajaba un anciano de luengos años: sus cabellos y barba eran completamente blancos, su semblante pálido. Encorvado, hacia fácilmente comprender que había pasado muchos años de vida.—Del otro coche era la dueña una gentil viajera que lo ocupaba. Era bella y graciosa. Su tez blanquísima; sus ojos seductores, negros rasgados; los cabellos cañane en gruesos tirabuzones á la espalda, llevándolos con gracia caprichosa. En su cabeza ostentaba un sombrero de paja de elegante forma, adornado de rarisimas flores. El vestido que llevaba, sencillo, pero elegante, dibujaba las formas estatuarias de su cuerpo casi ideal, era lo suficientemente corto para dejar ver unos piecitos diminutos, aprisionados en botitas de cabritilla.

El anciano bajó á caminar un rato. Cubierto con gruesa ropa y chales parecia sentir un frio siberiano. Pasó por donde estaba el carruaje de la viajera al tiempo que esta daba una mone-
 da al guardian, y viéndola dijo:

— Vos siempre hermosa, siempre feliz, siempre encantadora. ¿Os hallais buena?

— Tanto como vos, señor anciano,—repuso la interpelada.

—Oh! es imposible! Yo siempre sufriendo de mis crónicos males, aterido de frio, con el cuerpo dolorido; vos... como siempre, como siempre!

—Porque no cambiáis de residencia alguna vez siquiera.—Habitais siempre un mismo clima y.....

—Tal es mi destino!

Fué hora de partir y se despidieron los viajeros.

—Hasta el año próximo, señor INVIERNO, dijo la jóven que era la PRIMAVERA.

JOSÉ OLAVEIRA.

Setiembre 22 de 1878.

REVISTA GENERAL

SUMARIO—Exposicion de Bellas Artes—Notable composicion—Polka—Pequeña pianista—Asociacion piadosa—Despedida de una artista—Biografía—Bazar y Rifa—Nuevos suscritores.

Promete llamar la atencion del público la Exposicion de Bellas Artes que se ha organizado en el teatro de la Ópera.

La apertura de dicha Exposicion tendrá lugar hoy Domingo, á las 8 de la noche.

Los amantes de lo bello podrán deleitarse contemplando magníficos lienzos, muchos de los cuales son originales de renombrados autores.

Infinitos son los que hay sobre costumbres nacionales entre ellos algunas de Chaliar.

Hay en gran número tambien, pinturas y dibujos de artistas y aficionados argentinos.

De nuestro malogrado compatriota Rawson, están los bellísimos cuadros el *Cristo* y el *Asesinato del Dr. Musu*.

Es de sentirse la ausencia de dos de sus obras maestras: nos referimos á la *Cantica* y los episodios de la *Revolucion francesa*.

Dijimos en números anteriores, cuando anunciábamos la organizacion de esta Exposicion, que muchísimas eran las señoritas que habían ofrecido contribuir á esta fiesta con distintas clases de pinturas y retratos hechos al lápiz; oferta que han cumplido y lo cual nos da una idea, que nos llena de satisfacion, de lo

desarrollado que está hoy día entre nuestras bellas compatriotas el amor al estudio.

Los doctores Carranza, Trolles, Lamas, Zeballos; el coronel Garimendia y varios otros señores, han ofrecido galantemente á la Sociedad "Damas de Caridad" sus valiosas colecciones de curiosidades científicas é históricas para aumentar con ellos el interés de la Exposición.

Indudablemente será inmensa la concurrencia que afluirá á la Ópera en los días que dure esta fiesta, pues, á mas de poder admirar tantísimo objeto de interés, se contribuye á un fin piadoso, como es el de adquirir medios para la conclusión del establecimiento *Asilo Material* en el que se educan y mantienen gratuitamente 750 niños.

La Ondina engalana las páginas de este número, con la última magnífica composición de Magariños Cervantes.

A pesar de su extensión, hemos creído conveniente insertarla en un solo número, aunque sacrificando otros materiales.

Enviamos al poeta uruguayo nuestros plácemes.

Hemos sido obsequiados con un ejemplar de la polka para piano intitulada "Patagonia" escrita sobre motivos de *Les Cloches de Corneville*, tan en boga hoy.

Es una pieza sumamente bella y de fácil ejecución.

Su autor es el acreditado maestro Juan Mancini y la ha dedicado á los Sres. Zambonini y C.

Se encuentra actualmente en Montevideo y es esperada de un momento á otro en esta ciudad, la niña argentina Luisa Gallo, de trece años de edad, la que hace algunos años fué á estudiar al Conservatorio de Música de Nápoles.

La niña de Gallo en los exámenes rendidos en aquel Conservatorio, ha obtenido honrosas clasificaciones, siendo premiada con medalla de plata y diplomas.

Entre los mas respetables vecinos de la Parroquia de la Concepción, se ha formado una asociación para auxiliar á los enfermos y menesterosos de ese distrito.

Tula Castro, la artista mimada del público bonaerense, la que ha hecho nuestras delicias durante un año con sus méritos artísticos, parte en breve para Madrid en donde la llaman para que forme parte principal de la compañía que trabajará en el Teatro Español de aquella ciudad.

La Sta. Castro dará próximamente una función de despedida en el teatro Colon.

Pronto verá la luz pública la biografía del Dr. D. Juan María Gutierrez.

Este trabajo es debido al Sr. D. Antonio Zinny.

Á beneficio de las obras del templo de Belgrano, se vá á abrir en los Salones Municipales de aquella localidad un bazar y rifa.

Nuevos suscritores á *La Ondina*.

Almada Adriana
Alalles Sixta
Alvarez Petrona
Artayeta Julia
Arriaga Amelia
Baltar Sra. de
Barceló Eudaldo
Barrera Victoriana
Botto Mercedes
Canavery Cipriana
Correa Baldomera de
Camilion Josefa
Casal Ladislado
Cuñete Luisa
Deberradi Josefina P. de
Flanqui Maria
Gonzalez Luisa R. de
Gomez Luisa
Garcia Francisco
Gailha Ramon
Gallardo Bernardo
Henestrosa Petrona
Mármol Justina
Noailles Rafael Valiente
Olivera Luisa
Oscar Eujenia
Rondeau Feliciano
Ramirez Carmen G. de
Sanchez Manuela
Segurola Indalecia